Los Héroes de Homero viven, luchan y mueren como vive, lucha y muere el hombre en el mundo. A través de los siglos los sentimos semejantes a nosotros, *fraternales*, es decir, hechos de nuestra misma substancia que se queja en el dolor, que grita en la ira, que arde en la piedad, que irradia en la gloria y que se consume en la muerte. Y para engrandecerlos, el poeta no los arranca de la humanidad: idealiza en ellos lo que idealizamos todos en nosotros mismos, nuestras facultades perfectibles. Para ellos, como para nosotros, la felicidad y el dolor son amigos efímeros. Homero tiene palabras profundamente humanas: los Aqueos dicen profanando el cadáver de Héctor: "en verdad, Héctor es más fácil de manejar hoy que el día en que incendiaba las naves;" y sentimos que estas palabras, convertidas en lanzas y en espadas, nos desgarran ignominiosamente dentro del alma el cadáver de una gloria. El espíritu de Patroclo, abandonando el cuerpo, desciende a la morada de Edés llorando su destino, su fuerza y su juventud. Aquiles tiene una tristeza sombría entre los resplandores de su alma grande, la tristeza de los desahuciados, porque sabe que morirá poco tiempo después de matar a Héctor. Por eso es tan heroico matándolo. La sonrisa del hogar y la belleza de la esposa abandonada por el combate, aparecen a veces, en una tierna y tenue evocación, ante los ojos que cierra la muerte. Naturalmente, el fondo común de estos tipos heroicos es el valor personal que abarca la inmensa órbita de las pasiones, y va desde la crueldad que horripila hasta la abnegación que admira. El mundo homérico está lleno de piraterías, de robos, de homicidios, de agresiones brutales que el poeta aprueba y celebra; pero también tiene virtudes que brillan en las generosidades de la amistad, en el respeto al huésped, en la protección al suplicante. El que lo juzgue bueno, quizá se equivoca; el que lo juzgue malo, tal vez yerra; el que lo juzgue bello, con seguridad acierta. Es bello porque es joven y heroico; y la juventud, sin heroísmo, sería más triste que la vejez sin prudencia. Héctor, tomando en los brazos a su pequeñuelo, invoca así a los Dioses: "Zeus, y vosotros, Dioses, haced que mi hijo se ilustre como yo entre los Troyanos, que sea fuerte y que reine poderosamente en Troya! Que se diga un día, viéndolo volver del combate: Este es más valiente que su padre! Que matando al guerrero enemigo y trayendo sangrientos despojos, llene el corazón de su madre de alegría!" Este es el ideal homérico. En La Iliada van las legiones de héroes al combate como a una fiesta, a la mejor, a la más noble, a la más bella de las fiestas, a una fiesta de pujanza y de ligereza y de gloria, donde los cuerpos atléticos lucen, en una actividad infinita, la varonil harmonía de los músculos vigorosos.

Saltar violentamente del carro, arrojar una piedra enorme que divida la cabeza del enemigo entre las paredes de bronce del casco, taladrar el corazón con una flecha, sacar enredadas en la punta de la lanza las entrañas del caído, invocar la protección de los Dioses amigos, insultar a los Dioses enemigos—herirlos a veces,—batallar así todo el día, todos los días, sin des-

canso, en plena embriaguez épica, y llegar luego a las tiendas del campamento cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, con una hambre voraz, con una sed ardiente, comer enormes lonjas de carne de bueyes que los mismos héroes descuartizan y asan en el fuego, beber fuentes de vino en profundas cráteras, dar a los que se han distinguido por sus proezas en la lucha, a Ayax o a Diomedes, la ración más grande como un honor y una recompensa, y dormir, por último, un sueño breve, inanimado y reparador: he aquí la vida heroica que embellece Homero con los secretos de un arte simple y grandioso.

¡Cómo se destacan las figuras principales! cuánta vida poética tienen! qué variedad de tipos! cuántos contrastes de caracteres! Desde el Rey Agamemnón, inmensamente rico, inmensamente orgulloso, inmensamente valiente, ciclópeo como los leones heráldicos de la puerta de Mycenas, hasta Aquiles, escultural, divino, símbolo de la belleza majestuosa y de la fuerza juvenil, héroe de presa que voló a la guerra desde la aquea Larissa suspendida en las montañas de la Phtiótida como un nido de águilas, todos viven en el poema homérico con la doble vida de la realidad que los afirma y del ideal que los engrandece: y los pueblos helenos, que se contemplaban en esos héroes magnánimos, encontrándose bellos, podían decir la palabra del "admirable diálogo entre el hombre de genio y la multitud: Oh poeta sublime, éramos mudos y nos has dado una voz; nos buscábamos y nos has revelado a nosotros mismos."

Las heroínas, Helena, Andrómaca, Hécuba, ponen su belleza, su amor y su dolor en la epopeya sangrienta. Los hombres combatirán eternamente por Helena, amarán siempre a Andrómaca, venerarán filiales a Hécuba. Helena, que tiene sangre divina, es el pecado; Andrómaca, que tiene sangre humana, es la virtud. Helena es todo el Paganismo. Cuando en la torre de Troya pasa arrastrando su fluente peplo cerca de los viejos Agoretas elocuentes que ya no pueden empuñar la clava de la guerra, se dicen en voz baja estas palabras aladas: "En verdad, es justo que los Troyanos y los Aqueos sufran tantas y tan largas penas por esta mujer, porque se asemeja a las Diosas inmortales por su belleza." Andrómaca es una de las Marías del alma universal. Es el tipo más noble y más puro de La Ilíada. Llevando en el seno a su hijo, al Hectorida, "bello como un astro," o tomando entre sus manos la cebeza inerte de Héctor, parece una santa, es una Santa. "¡Ay! al morir no me has tendido los brazos desde tu lecho y no me has dicho una buena palabra que pueda yo guardar en mi recuerdo, día y noche, derramando lágrimas!": este es, señores uno de los gritos más profundos que han salido del corazón humano. Y nuestra imaginación verá siempre, en la calle de Troya llena de sol, a Héctor separándose de Andrómaca para ir a defender la patria, y a la blanca esposa, siguiendo con los ojos llenos de lágrimas la cimera de cola de caballo que el viento agitaba sobre el resplandeciente casco del guerrero....

Este mundo heroico tan variado, tan dramático y tan

brillante, se anima y se poetiza más todavia con la continua intervención de los Dioses y de las Diosas. Homero no los hizo, como no hizo a los héroes; los encontró ya formados en la leyenda; pero les dió, como a los héroes, vida épica en la poesía. Las divinidades de la Ilíada son lo más posiblemente humanas: conocen y sienten el hambre, la sed, el amor, con todos sus aguijones y con todas sus satisfacciones. Lo único que no conocen es la muerte: por eso las envidian los ilusos mortales. Sobre el escudo de Aquiles, el ilustre Cojo Héfestos representó, entre otras maravillas de arte olímpico, "un ejército conducido por Arés y Athena, los dos de oro y de oro vestidos, bellos y grandes como conviene a los Dioses, porque los hombres eran más pequeños." Esta es la diferencia: el tamaño, el tamaño en todo, en el cuerpo y en las pasiones. Zeus, el Padre, es un coloso que hace temblar el universo frunciendo el entrecejo y zigzagueando su cólera ardiente en las espesas nubes. Es el más fuerte, por eso es el que manda. A veces se murmura en torno suyo o se le engaña; pero la murmuración y el engaño son recursos de vasallos. Impone su ley y castiga la desobediencia. Poseidón y Apolo fueron una ocasión desterrados por Zeus del Olimpo; y, Dioses inmortales, tuvieron que servir durante un año en Troya al insolente mortal Laomedón, el Dios del mar construyendo la muralla y el Dios del arco cuidando en los bosques del Ida los bueyes de pies torcidos y de cuernos curvos, y como recompensa de sus trabajos sólo tuvieron las injurias y las amenazas de Laomedón, que quiso

cortarles las orejas con el acero, según se lee en el canto XXI de La Ilíada. Cuando Zeus despierta sobre la montaña, abriendo perezosamente los enormes ojos divinos y desatándose de los brazos de Heré como de un sortilegio, y mira la derrota de los troyanos y a Héctor herido en medio de la llanura, dice a la esposa estas palabras sombrías: "¡Oh, astuta! no sé si recogerás el fruto de tu engaño y si te rendiré a golpes. ¿No te acuerdas del día en que te suspendí en el aire con una pesa en cada pie, las manos atadas por una sólida cadena de oro, y así colgabas del Ether y de las nubes? Todos los Dioses en el grande Olimpo te miraban con dolor y no podían socorrerte, porque al que lo hubiera intentado lo habría hecho volar del Uranos.... Acuérdate de estas cosas y renuncia a tus ardides, y sabe que no te basta, para engañarme, entregarte a mí sobre este lecho, lejos de los Dioses." A veces este sultán está de buen humor y la risa se desparrama de su boca y se despeña sobre su barba como una cascada sonora. La Ilíada canta en un episodio conocido con el nombre de *Theomaquia* o combate de divinidades, la batalla de Dioses y de Diosas, que se arrojan unos sobre otros estremeciendo la tierra con el choque de las armas y ensordeciendo el Olimpo con la gritería de los insultos, mientras Zeus ríe con infinita hilaridad. Enorme como su cólera y enorme como su risa, es su pasión por el bello sexo divino o humano. Tiene predilección por las mortales: las seduce de mil maneras, con mil disfraces poéticos, ya Cisne ardiente, ya nube de oro, y las llena de hijos gloriosos. Los

hombres lo temen, no lo aman: lo invocan solicitando su favor y su protección; pero esas invocaciones llevan siempre, como embajadores enviados a un monarca, ricas ofrendas. Es interesado: sus narices inmortales aspiran con fruición el graso aroma de los bueyes sacrificados. Y, naturalmente, se le falta al respeto con frecuencia, porque con frecuencia comete fraudes divinos recibiendo las ofrendas y no concediendo los favores. Menelao le grita en medio del combate: "¡Oh, Zeus, el más engañador de los Dioses!" Tiene, sin embargo, algunas virtudes, las de la época, las de los hombres: persigue y castiga al que perjura, al que viola la hospitalidad, al que ofende al suplicante.

Después vienen los otros, el tropel de los otros: Heré, la esposa de los ojos bovinos, altiva, apasionada, rencorosa, pérfida, que se sienta en su trono de oro al lado de Zeus y comparte su lecho; Poseidón, que lleva a los combates el vaivén incansable del océano en que domina; Apolo, que se yergue sobre las fortalezas con la actitud viril del arquero que dispara; Athena, engendrada por Zeus "al replegarse sobre sí mismo, al respirar profundamente," que no siente las simpatías femeninas, con la coraza ajustada al seno y el penacho ondeando sobre el cono de su casco como una bandera sobre una torre; Héfestos, el ilustre obrero que al escanciar néctar en las copas de los Dioses sentados a la brillante mesa del festín, hace estallar una inextinguible carcajada caminando ridículament con sus piernas escuetas y torcidas, y excita en sus talleres la admiración de los olímpicos forjando y modelando

obras de arte con sus manos primorosas y hábiles; Arés, que tiene los funestos dones del bronce agudo y del voraz incendio, sangriento como el asesinato y estruendoso como el cataclismo; y Afrodita de oro que ama las sonrisas, blanca como el plumón de las espumas, cintilante como joyel de estrellas, que lleva en su cintura "todas las voluptuosidades, y el amor, y el deseo, y el ardiente coloquio, y la elocuencia persuasiva que turba el espíritu de los sabios," y que se burla de las burlas de los Dioses y se venga de las venganzas de los hombres en un solo instante, en el instante que quiere, haciendo cantar, como un coro de vírgenes vencidas, las secretas e irresistibles harmonías de la Hora Triunfal de los amores! Sorprendiendo a Arés en brazos de Afrodita, Apolo pregunta a Hermés si quisiera estar en lugar del guerrero divino: "Pluguiese a los Dioses, oh real arquero Apolo, que esto sucediera y que me ligaran lazos tres veces más enredados y firmes, y que todos los Dioses y las Diosas lo presenciaran, con tal de estar cerca de la blonda Afrodita."

Habitan las cimas del Olimpo, en donde "corre ágilmente la blanca luz," en una eterna fiesta de banquetes, de músicas y de sensualidades, que tiene todos los delirios de la kermesse y del carnaval; pero el Olimpo no es una altura inaccesible, no es un refugio misterioso, no es un sagrario venerado; de la tierra al Olimpo, y del Olimpo a la tierra, hay un constante cambio de relaciones, de intereses, de odios y de amores; no cesan de subir y bajar los incansables heraldos

de Zeus: Eris, que rompe y sacude sobre los campamentos la gritería de la discordia; Eos, que con las yemas color de rosa de sus dedos salpica y difunde los átomos de la luz de la mañana; Hipnos, cuya mirada balsámica y letárgica adormece y cura; Iris, que tiende la cintilación de sus alas de oro sobre los desastres del combate; y de sus magníficos palacios descienden a la tierra los Dioses grandes y bellos a seducir a las mujeres, y las Diosas bellas y grandes a seducir a los mortales al borde de las fuentes rítmicas o en la sonora espesura de los bosques, formando innumerables genealogías, infinitos parentescos divinos y humanos que mezclan, que fusionan en una leyenda deliciosamente poética y dramática, el tropel de las divinidades y la legión de los héroes, cuyas glorias cantan los aedas magnánimos abajo y las Musas polifonas arriba. ¿Estos Dioses son buenos? ¿son malos? Yo sólo sé que son infinitamente bellos.... Qué interés tan profundo y tan variado dan al poema, compartiendo los odios, los amores y las glorias de los héroes, haciendo causa común con ellos en la guerra, porque no son dioses universales, sino locales, de Mycena, de Troya, de la Phtiotida, de Argos, de Beocia, y combaten por su ciudad y por su héroe con la exaltación de los patriotismos belicosos! La humanidad helena, que se miraba bella contemplándose en sus Heroes, se miraba más bella todavía contemplándose en sus Dioses.

III

La Ilíada, señores, está extraída de las entrañas vivas del pueblo: para los griegos primitivos era su ciencia, su filosofía, su religión, su moral, su historia, sus recuerdos heroicos, su poesía, su alma toda, la más perfecta imagen de la divina juventud humana que ama y combate porque es bello combatir y amar. Pitágoras, ese teurgo que se acordaba de sus transmigraciones y que decía reconocer en un templo de Grecia las armaduras que había llevado en la guerra de Troya, afirma haber visto a Homero en los infiernos, colgado de un árbol en medio de serpientes, en expiación de sus irreverencias a los Dioses; y el alto y noble Platón lo coronó de rosas y lo expulsó de su ideal República porque no era puro y lustral como el corazón de Sókrates. Y desde entonces sigue su vida errante, recorre con sus pies que tienen el color de los caminos interminables, colgada al hombro su cítara de cuatro bordones, todas las ciudades de la confederación del Arte, las blancas como Kymé, las dulces como Smyrna, las gloriosas como Kios, llevando en su Verbo divino, como en una ánfora, su divina Poesía, como un néctar, y nos enseña el arte de cantar como a él se lo enseñaron sus padres, y como a sus padres se lo enseñaron las Musas, y a todos nos dice, jóvenes o viejos: "Escuchad, oh niños, el combate de Aquiles y de Héctor. Este canto es bello!"

Septiembre, 1903.

Bibliografía: Croiset, "Histoire de la Littérature Grecque," vol. I; O. Müller, "Histoire de la Littérature Grecque," trad. Hillebrand, vol. II; Ouvré, "Les formes littéraires de la pensée grecque," pags. 45 a 120; Grote, "Histoire de la Grèce," volúms. I, II y III; E. Curtius, "Histoire Grecque," vol. I; Justo Sierra, "Historia General," pág. 40; Renan; "L'Avenir de la Science," pág. 190; France, Clio; "Le Chanteur de Kymé;" Platón, Obras; P. Albert; "La Poésie."

DISCURSO PRONUNCIADO EN LOS FUNERALES DE DON JUSTO SIERRA.

A MI MAESTRO

El temor de perder en estos dolorosos instantes el dominio de mi pensamiento, me ha obligado a escribir, en una noche de lágrimas, estas palabras de mi alma:

Un hombre ilustre a quien el Maestro consideraba como su maestro,—siendo en realidad dos espíritus gemelos por la evangélica bondad de sus corazones que siempre conservaron, con el beso y la plegaria de madres piadosas, el perfume de los huertos de Galilea, y por el ferviente lirismo de una filosofía intensamente poética, que al desgarrar con las flechas de oro del arte heleno la tupida neblina de los dogmas, dejó más luminoso en la conciencia de la humanidad al Dios universal y eterno; un grande hombre de Francia que se asemejaba al grande hombre de México hasta en el cuerpo montañoso que sostenía la cabeza magistral de frente olímpica, perfecta y pura como una concepción plástica de Fidias, de ojos solemnes en cuya mirada habían quedado ardiendo las inspiraciones de la Sibila,